

REDOBLE DE CAMPANAS

Cuando comencé a escribir “DESNUDO DE PALABRAS”, lo hice así, sin más, como el que no quiere la cosa, no queriendo hacer Literatura, hablaba con mi padre desde su partida y en la mañana, cuando salía al jardín, ya dispuesta la casa y hasta el primer plato preparado, con mi bandeja, mi tetera, y mi taza de la Cartuja de Sevilla, rebosante de té rojo clarito, caliente aún en verano —corría el mes de Junio— pues bien, digo, entonces, a la vez que mi taza de té salía ya con el cuaderno y la pluma, algún papel suelto por si acaso aquello del atasco, del tachón, dispuesta a lo que pudiese llegar. Mi sorpresa fue que, sin pensarlo siquiera, aún sin saber si pretendía hacer un libro o simplemente hablar con mi padre, comencé a escribirle, a decirle cuánto había sufrido, él por todo lo que le aconteció, yo por él. Al releerlo, me daba cuenta de que aquello sonaba y sonaba rítmicamente, es decir, sonaba a Poesía. Pero al mismo tiempo pensaba era prosa poética e incluso podría durarme cuatro o cinco días a lo sumo, nunca llegaría a ser un libro, no tenía fuerzas ni ganas de trabajar, de pensar siquiera. Día tras día releía lo anteriormente escrito y no cesaba de animarme, de seguir escribiendo lo que al parecer, aún quedaba dentro. Seguí hablándole, ora a la muerte ora a él, preguntando por qué y sobre todo por qué así; en definitiva, estaba pues escribiendo un libro. No preguntéis porqué y creedme, ni yo misma lo sé. Al llegar a Madrid quise editar aquello pues me parecía justo hacer un homenaje a mi padre, sólo para la familia, amigos, para unos cuantos. Lo edité y comencé a distribuirlo.

De nuevo en el jardín de la casa de la playa en Rio Mar (Torre de la Horadada), más conocido por Mil Palmeras, ya en otoño —corría el mes de Noviembre—ese mes cargadito de mármoles, en el que los árboles se desnudan lentamente para vestir el suelo de color, salgo con mi taza de té rojo clarito y de nuevo sin querer, ante la naturaleza que allí desborda y me rodea, vuelvo a hablar con mi padre. Con la pluma en la mano, el cuaderno en la mesa. Libro ya editado, comienzo a escribir en verso blanco, verso en el que lógicamente ya por la experiencia de los años en que llevo haciéndolo, me encuentro más a gusto. Pero la segunda mañana y ante la naturaleza que allí

desborda, digo, rodeada de árboles y flores, me dejo llevar por la belleza y la brevedad del haiku, no por su sencillez, como todo buen poeta debe saber, ya que casi todos los aquí presentes cojean de uno de los tres elementos requeridos, como son el hombre, la naturaleza, el tiempo, y sí cumpliendo con la métrica 5-7-5. Mas eso no me arredró viendo, cómo grandes poetas, que ahora no voy a nombrar pero que están, y otros menos grandes, llevan a cabo esta práctica, (todos los que escribieron haikus lo saben) Pues bien, una de estas mañanas que yo andaba con mi padre y los “haikus”, dejémoslo así, me hice la reflexión de que a qué venía el susodicho estilo cuando mi padre era sevillano y posiblemente, vamos, seguro le gustarían más las Soleares. Efectivamente, comprobé que le iban mucho mejor, a mi padre, a Sevilla y a mí.

Dándome cuenta de que aquello nuevamente tomaba la dimensión de un libro, no quise repetirme como en “RÉQUIEM POR UNA MADRE” que contiene TU LUZ EN LOS VITRALES y DEBAJO DEL CIPRÉS, y fue cuando decidí terminar con una décima (salieron tres) y entonces me animé con un soneto. Ahí lo di por terminado. De otra forma, podría convertirse en el libro “interminable” y seguramente sin escribirlo, lo sea, tanto “interminable” como “interminado”. Cómo abandonar a un padre, ni de corazón, ni de pensamiento. Imposible.

Y así, veo de nuevo y sin proponérmelo –créase en la Inspiración--, dos libros que al ser pequeños decido editar juntos, cuyo resultado es éste que ahora tenéis entre las manos con el título “REDOBLE DE CAMPANAS”.

El estar estos últimos días con mi padre y en Sevilla, aún dentro de mis sueños, me ha hecho mucho bien. Ojalá os llegue algo del sentimiento que yo, sin querer, he puesto en estos versos, de distintas formas, versos al fin y al cabo, que si bien comenzaron en prosa llámese poética y tremendamente tristes, emborronando incluso los renglones con algunas de mis lágrimas, terminaron en soneto y con la alegría del reencuentro, de la resurrección. Y estoy alegre, ahora de nuevo estoy alegre. ¿Debo esto a la Poesía? ¿a la Inspiración?. ¿Nos salva a veces de los horrores? Yo creo, siempre creo... ¿Creéis vosotros?

I

DESNUDO DE PALABRAS

A TI

que naciste y fructificaste

ESAS palabras tuyas tan mordidas, se quedaron adentro de los labios ¿qué me quieres tristeza? Son pálidos tus ojos y tu voz ya fue muerta; encadenado, resbalaban tus manos y gritaban tus brazos. Yo besaba tu frente, tus mejillas - oh dolorido pecho- -pajarillo sin alas -, tu página se vuelca, amarillece, se emborriona la letra en tu mirada ya casi clandestina, niebla gris. Ella te ha penetrado decidida, no se solidariza con nosotros, te ha socavado, increíblemente astuta y va echando raíces en tus huesos, tus carnes maceradas por el lecho en que ya te postró, burlándose de todos, haciéndonos creer que aún eras tan nuestro, pero no, no estaba tan claro que la resistieras, su envite era ya fuerte, triunfalista.

Tu mendigar espacio, tiempo palpable, tan humilde y a ciegas fue como gota de agua dentro del Universo. Tu abismo sin fronteras se presentaba y tan dañino, tan fatigosamente hermanado al más allá.

Y contemplarte era, un cuchillo lacerando el fuego del corazón, que ya nos abrasaba.

Y MIENTRAS te contemplo, te paseo la mano por el pecho, la calva, por tu brazo; me saltan los recuerdos de tu dorada juventud, o mi niñez. Contemplo

tus tatuajes, me traen a la memoria tantas cosas, tu guerra, tantas vicisitudes o victorias. Tú, jugador del Plasencia, cuando llegabas con un pan redondo para darnos –en los días del hambre- según dicen. Y cuánto regocijo cuando enviabas a Lolo y a mí a comprar uvas pasas, tan dulces; era un postre exquisito a nuestros labios, después nos peleábamos –éramos chicos- niños aún, quiero decir, al contar sobre la mesa de aquel pequeño comedor, nuestro montoncito: -12, 13,14 ¡tú tienes más! ¡qué no, idiota, que no! ¡mamá, papá! Enrique me quita una. –A ver: una, dos, tres ¡plash, cachete!, me la quitan...

Qué postre tan exquisito digo, regalabas a tus pequeñas bocas en aquellos - días del hambre- dicen. Y Lolo me dejaba atrás, se adelantaba corriendo para dar las noticias el primero: quién había en la tienda, si había algún amigo, si pesaban más las secas uvas moscatel y no nos las cobraban. Yo decía: -cotilla, ya verás...! -Verás, qué –respondía. Y llegaba el primero de forma que cuando yo cruzaba el dintel de la puerta, él había soltado por su boca las últimas noticias del camino. No me enfadaba, nunca supe hacerlo de veras ni durante más de lo que dura un segundo, sencillamente sabía que así era y lo aceptaba, por mucho que me costase entender, allá en tan corta edad.

TÚ, cantador de nanas, tomabas en tus brazos al más pequeño y en tu acento andaluz –tan sevillano- del que siempre me sentí orgullosa: -“Este niño chiquito/ no tiene cuna/ su pare es carpintero/ le va aser una... Su pare es carpintero/ le va aser una...”

Tú, pintor: Estación de Atocha, ahora tan visitada, Palacio de El Pardo, residencia entonces del que fuese nuestro Generalísimo Franco; sala morisca, techos al estilo cordobés y su Mezquita ¡tantas veces te lo oí contar!, yo era muy chica. Y me sentía orgullosa. Parecían hazañas diferentes de las que pueden acontecer a un obrero, un pintor -de brocha gorda- vulgarmente llamado, aunque más tarde, ya casi octogenario, te agarraste al pincel, a los lienzos o tablas, los óleos que tanto te entretenían la mirada, el pulso y, hasta las horas de comer en que madre te llamaba a la mesa.

Con su partida, partieron a la vez los colibrís de tus cuadros, tus paisajes, gran parte de tus ojos, pues a partir de entonces, te fallaba la vista, te brotaban las lágrimas, aquéllas que no pudiste derramar en su lecho de muerte, almacenadas, en la más recóndita esquina de tu alma y te llovieron, poco a poco, durante seis años más que la sobreviviste.

Tú, tronco erguido, - señorito andaluz-, aún diste más a tus últimas ramas, diste, los últimos pasos, última voz, último suspiro. Pasaste el túnel de luz y en primavera, para unirme a mamá -que yo bien lo pedía- al verte sufrir tan desnortado.

AL FONDO de tus ojos, cuando miras, cuánta palabra ardiente, cuánta espada clavada en tu costado. Tus llagas ya mis llagas. Tu sombra de los prados, verdes en este Junio que comienza, lloran con su perfume y cae sobre la estancia un tibio sol, a veces, demasiado encendido para nuestro dolor acribillado de miradas hablantes, de caricias menudas para que no te inquieten: -¡S u f r o j! dijiste, con una voz que era lamento, murmullo de recuerdos, porvenires inciertos todavía.

Y te irás, callado en ese tren, un vagón de tercera que cogiste, tal vez conscientemente, para huir de ese largo monólogo que te llegó sin duda, como llegan las olas a sus playas y se diluyen en la arena o regresan al mar.

Tus ojos, de mirada tan triste largo tiempo, soñaban en silencio con estrellas que alumbrasen ahora, en esta justa hora, tu corto caminar. Y en el profundo hueco de tu alma –ala triste también-, soñabas con la luz, la Luz primera, mientras la luna repartía abrazos a todos los mendigos de caricias. Quizá pillaste alguna, en tu insistente manera de alargar los brazos, en tu último minuto, último tren, último peldaño en la escalera.

OBSERVA bien el vuelo en tu partida, no es tu marcha, lo peor que puede marchitarnos. Mi beso, el extravío de mi sangre, grita por otro cauce sin sentido. Invalidada estoy por tu tristeza. ¡Ay Dios! dijimos, prisioneros de vértigo infinito. Papi, trayectoria final de mi orfandad. Tus últimos retoños te entretienen el latido que afirmas tan varado a tu piel y tu respiración se te hace lenta, costosa, de cristal casi, porque puede quebrarse en un suspiro; por eso, soliviantas tus gestos con fruición, fatiga que comienza y termina desmoronando los instantes. Maná que te mantiene en enervado sopor y tanta primavera a nuestro lado, para qué, si el verso de tu rostro es ya metáfora que

dice y nos adentra en el misterio, en lo hondo, en tanta cicatriz, tanta sed de verdad, revelación purísima que cual fiel caracola se enrosca y da la vuelta para llegar al último rincón, último paisaje, último espejo tal vez ya con azogue, conmoción, de haber vivido tanto y tanta soledad después de todo.

No ves que estás de vuelta de las cosas? Que tu sabiduría en este instante, nos deja sin preguntas? Tu pecho sube y baja ya alterado, rescatando caricias que no puedo ofrecerte. Pero tú las percibes.

YA CRUZARÁS las cimas altas mientras aquí, nos dejas hondísimas simientes y, fueron ocho brotes los que fructificaron, hoy, tan ahogados por el duelo, tu luto, un eslabón perdido, gastado por el tiempo, el sudor, el trabajo, las horas detenidas, el dolor del fracaso de algún hijo tan lleno de renunciadas, pasados enfermizos, presente disociados, con un futuro incierto que llevarse a la boca.

Ay, temblorosa alma, temblorosa envoltura que fue ayer; ya cruzarás los valles, escucharás la música, música de los mundos, melodía que cruza el Universo entre Dios y los hombres, fronterizos umbrales de la luz y las sombras. Y

pasarás la puerta, aquella puerta incógnita que espera y entreabierta para todos, con la luna encendida por si acaso es de noche.

Ahora aquí, aún está primavera reinando en los jardines, agitando sus ramos de colores, el agua cantarina de las fuentes, remanso en los aljibes y la hierba creciendo a nuestros pies. La hierba crece y crece; hasta la mala hierba se traspasa a lugares encendidos que no le pertenecen. El silencio se rompe en esta hora, con el trinar de pájaros que bajan a beber, a buscar sus migajas que algún ser misterioso les ha dejado, preparando el banquete, el festín mañanero con aire de ternura que enlaza corazones caminantes que van de Tierra a Cielo. Del Cielo a la Alegría.

LA LÁGRIMA DE AYER,
la siempre lágrima oh, no la cólera
ni el rencor,
tan sólo una, mi lágrima
ha regado petunias del verano
de color bermellón.

La planta se ha secado
por exceso de sal y de tristeza.

A TI
que te llevas cuanto nace
sin un gesto de culpabilidad.

PORQUÉ fuiste tan cruel, porqué, llegabas cada día con el alba, a deshacer su cama, su color, su osamenta.

Quería contar, decir, pero los labios se le sellaron, mudos. Miraba con la palabra en los ojos, resbalando las sílabas por sus párpados y allí, adivinaba su dolor, besaba sus mejillas repitiendo: -No sufras, no sufras, no tengas miedo, todo está bien. ¡Todo está bien! decía, sabiendo que se iba para siempre, que el último eslabón, se resquebrajaba ante mí atándome las manos de impotencia. El corazón, traslúcido cristal, partido en mil mitades y las lágrimas dentro, regando las arterias ora tan detenidas, ora, tan locamente enjaezadas.

Porqué fuiste tan cruel, porqué, llegabas al crepúsculo ¿o tal vez no te ibas? Recostada en su lecho mientras le consolaba, sentía tu presencia. Yo te hablaba, sí, te pedía que fueses amorosa, que ya te conocía, que no me dabas miedo pero siempre, seguía ese respeto que todo ser humano ha de tener; en suma, tú eres la que cierra el calendario, la que para el reloj en el minuto exacto para decir tu hora. Ah, vanidosa mujer de larga enagua y más larga melena. Apareces, te anuncias con descaro, a veces tienes prisa, otras te dejas ver, te asomas, vas y vuelves, vuelves si se te antoja, juegas al escondite con nosotros, nos dejas, una bocanada de aire que nos anima un rato, pero luego, vuelves con más violencia, apresurada, deseas ganar los minutos de descanso.

No te descorazonan, ni rezos ni sollozos, imagino, que cumples un mandato, ah tú, la espigadora, la que nunca detiene su paso, ni desanda el camino una vez iniciado.

Y TE HAS marchado al fin, nos has dejado, con un largo sollozo porque ya te lo llevas, envuelto en una túnica de luz, luz plateada. No tuerzas el camino, llévatelo de frente cruzando el río seco, el manantial fecundo, los prados de colores, ahora tan amapolas y ese puente dorado por donde pasan todas las edades. Te lo llevas, con la boca cerrada, sembradita de rosas, de clavel del poeta, esas flores moradas, diminutas que alegran la mirada en los días de Junio y qué decir, de las mil mariposas que vuelan y sobrevuelan con su abanico de colores, serpenteando el aire.

Nunca, nunca podré olvidar su sufrimiento, porqué fuiste tan cruel, dime, si tu oficio es llegar, pasar de un lado al otro sin hacer ruido alguno, cargándote los hombros con materia ya bien deteriorada, tan fría como mármol. Ah, pero el alma jamás podrás tocarla, ni siquiera los picos de tu enagua rozan, rozarán su perfil, ningún perfil del alma de los hombres, de las almas todas, de los hombres todos, de ninguno. Y creo que la suya echó a volar, por su cabeza, creo, templada aún, justo en el tiempo exacto que tú te descubriste, ya que siempre te escondes, lo sé, estás agazapada para darnos el último zarpazo cuando no te observamos. Cuando nadie te observa.

CuANDO la vida esconde su misterio, nos enseña y estamos casi a punto de descifrar su enigma, tú apareces junto al umbral, con un ramo de flores blancas, muy blancas, anunciando, que el canto del ave también llega a su fin y puede ser de noche o con la aurora, que el sueño de los hombres tal vez sea la vida y lenta, lentamente nos va rozando tu apariencia de sombra, esa sombra, que sólo pueden ver unos cuantos, los más clarividentes o sensibles.

Quizás transportes una cuna entre tus brazos, o un cesto de cerezas que llame la atención, pero tu lánguida mirada, inquieta a veces, hace que nos aferremos a ese juego silencioso o de bullicio —depende de la prisa con que vengas— que traigas, para apagar arpegios o cruzarte los mares en volandas, cargados ya tus hombros con el fardo y la pena de los que nos quedamos temblorosos, baldíos por tu primer asedio. Nos aferramos, a la pequeña lámpara encendida del corazón o del cerebro, su pulso, su latido, luciérnaga verano que nos enhebra un tanto al minuterero de todos los tiempos, queriéndolo atrapar para que no descienda el péndulo infinito y ya despavorido.

Perpetuo renacer, eternidad, perpetua tú que siempre te repites oigas o no tu nombre y acudas a la cita, ciega, remangada, como va la corriente del río obedeciendo al cauce, sin pararse a pensar, sin pararse a entender si es primera o última estación. Vida que acabas, vida que comienzas. Tal vez entre las dos, esté el olvido.

Y CÓMO es que tu acento, qué soplo nos detiene al pronunciar tu nombre, cuando ya te sabemos, te sentimos tan cerca que casi tu agrio sabor, se puede masticar.

Nadie, nadie te nombra, no sea que te inquietes, quieras adelantarte, ser, cual parto prematuro. Pero tú nos vigilas cada instante, conoces bien los rostros de todos cuantos alteras, los privas libertad -canción agónica- nos pintas en la cara la fatiga, malheridos ya por tu indeseable transparencia, opaca entre dos puentes, dos orillas, dos ríos, turbulencias, temporal, espejismo donde vas enredando memoria y caducidad al mismo tiempo, procedencia y destino siempre incierto aún cuando en sueños creamos conquistar secretos de los más audaces y huyamos -víbora amarga- de tu mortífero veneno.

Mas la mañana llega incluso para el náufrago, para el más adormecido de los mortales-inmortales hombres, y despierta, viendo, sintiéndote de nuevo, el cabello tal vez alborotado, marcando suavemente las sienes abrasadas, para lanzar de pronto tu mordisco, voluptuosamente cruel y pernoctado.

Y VAMOS siendo mármol según te pronunciamos. Quizás ceniza tras las carnes desnudas, metáfora del hombre que se esconde en la vorágine de la piel y la sangre, griterío de ser en este mundo un punto casi cero entre el Todo y la Nada.

Se yergue la palabra que es sombra todavía, porque ser palabra es como ser la sombra de las cosas hasta que es traspasada por la Luz de un cielo que se expande en llamarada, y Dios está presente y Dios penetra estigmas sagrados del que llora, el que sufre, el que clama... La sed del moribundo, lengua seca, tan reseco los labios que no se le despegan. Sube por su garganta el fuego sempiterno, la serpiente que abrasa, se deshace en hoguera y fulmina cual lumínica espada. Ahí estás tú, solapada, confidente del fuego, de la llama, estirpe tan real que no desapareces, por los siglos de los siglos venideros.

Cuándo tú, --caminante incansable--, --pájaro desplumado-- que estás en todas partes, ora sobre magnolios o sobre cardos viejos rozando el balbuceo de la noche o el temblor de la aurora. Siempre donde algo crece, comienzas tu andadura, te multiplicas --sapiencia inalcanzable--. Te asientas o despliegas el vuelo --mujer de las mil caras—de millones de ojos avizores, que no deja escapar el silbido del viento allá donde dibuje tu nombre, de frío mármol, entre un tapiz de nubes o de espejos donde te reconoces...

SÉ QUE el tiempo borraré la herida que nos deja, inevitablemente deshojados. Sé que en el Universo estamos todos. Quizás el alto azul, albergue más estrellas de las que admiramos. Nuestros seres queridos tendrán casa en cualquier parte, luminosa tal vez, vamos, sin duda y sobre todo, aquellos que purgaron sus acciones, y él las purgó todas, flagelado por la sed infinita del recuerdo, del recuerdo presente, consciente de sus frutos y de sus fracasos.

Viéndote cara a cara, se ahogaba en tus pupilas, te echaba de la alcoba con sus brazos –monstruos feroces y carnívoros- también coloreados, cual cósmico prelude que abrasaba su garganta que hervía bajo el efluvio de las lunas y en los atardeceres, mientras tú –máscara insomne—inmisericorde tantos ratos, preparabas senderos lacrimosos para trepar los espacios siderales, desnudos ya los dos, ya fuego, ya relámpago, lunares estelares muy cerca del origen.

Qué simbiosis de brasas y querubes allá en los altos vientos, en los altos volcanes, altos silencios, altos, a nuestros oídos más terráqueos, nuestros ojos de algas marinadas que escuecen por la lágrima de luto que coagula en el rostro, en el alma, en la triste muralla del espíritu que aguanta los envites, todos, aceptando la piedra, la ceniza, el cuchillo y el látigo –al contrario se resquebrajaría-- porque es torpe negar lo acontecido.

Vuela ya –sierpe inmunda – vuela tus infinitos campos negros, cargaditos de minas. Solo tarda en volver, te pido, a estos mis lares, hoy que me siento cósmicamente herida, desmembrada, tan de luto, tan divina y humana. Muerte. Amiga.

Y SIENTO QUE HAY UN ÁNGEL
detrás de todo.

Y me guiña los ojos juguetones
cuando me ve tan triste.

Hoy estaba esperando

la mi primera lágrima

y me tendió su ala

como abrigo, pañuelo.

CIELO ADENTRO

porque ya te sueño.

Te llevo conmigo.

VEN por la ventana de la vida, asómate al balcón de las incertidumbres, verás que sigo aquí, recordándote, hablándote en silencio como tú bien hacías. Y bien cierto será que no te ponga flores, crisantemos, caléndulas o rosas. Sabes, que a mí la piedra me causa calofríos, prefiero estar contigo en el sueño y el rezo, mas no vengas cargado de angustias ni de espadas, tus páginas se fueron selladas con la cruz, esa cruz que cargamos desde que amanecemos, germinados de sol o de alba en plena noche.

Y te he soñado, padre, ya me quedo tranquila, pues veo que te llevo como se lleva a Dios, tan dentro de mi alma, de mis entrañas dentro, que sé que has alcanzado el sendero de amor y desde allí contemplas el temblor de la arcilla, la arcilla que ya sabe tu mágica emoción. ¿Ves el mar que me canta? ¿ves mi rostro observándote?. No quiero que deambules por áridos desiertos, sangrando aún tu herida, tu fiebre, tu delirio.

Cangilones del viento van ahogando tu grito, ese que se quedó en mi pecho horadado. Por eso quiero, padre, que cantes hoy conmigo por todos los océanos por donde navegaremos. Tus ojos, hoy lumínicos desandan el cansancio, que te llevó sin duda al fondo del abismo. Pero yo te rescato con mi amor, padre mío, y seguiré soñando para tenerte cerca. Mis pupilas dormidas en la noche, se encienden, y vuelan las oníricas playas donde tú ya relumbras. Y hablas, padre, hablas, te escucho adormecida. Escucho al fin tu voz que se fue cielo-adentro.

NO SERÁS un fantasma, hoy lo pronuncio. Serás pecho amoroso inclinado al trasvase. Caminarás la senda de la estrella y del árbol como si de una piedra

fugaz fueses el centro. Y, consciente de lo que ha de venirme, recibiré sin miedo tu aroma y tu oleada –salvajísima luz—que de día o de noche habrá de despertarme.

No temas, ya no temo. Entiendo que hay ¿dos mundos? de diferente escala, porqué no conectarnos cuando los dos, abiertos, cruzamos esa línea cerrada a nuestros ojos. El túnel, la escalera, en un zig-zag se encienden dejando a nuestro paso la llave conectada.

Ay padre, si supieras cuánto te echo de menos, tus pies tan caminantes últimamente atados, tu boca cantarina y muda tantas veces, tus ojos tristes, tristes, llorosos por más señas desde que la perdiste y te dejó sin alas; encadenado fuiste, como preso entre rejas. Barrotes insalvables, cuchillos que se clavan, tu corazón ya débil, no pudo serenarse.

Ahora, con la distancia que inventamos los hombres, vendrás a vernos, torpes, con nuestro afán de ser. Polvo y ceniza, de barro fuimos hechos. Arcilla que se quiebra, que la invaden lombrices igual que en los jardines al pie de las estatuas, gusanos que se engullen nuestra caricatura, dejando al descubierto la insana raizuela. La serpiente en el prado, ese dolor tan nuestro que solo acariciamos cuando vamos desnudos, bálsamo, fuente, que refresca y desdobra los linderos del alma. Tu alma ya fue limpia, padre, en el abrevadero que tiene Dios allá, muy cerca de los álamos.

Por eso, si te llegas, no serás un fantasma... serás... algo bello...un bosque, una pradera plagadita de flores, de color frutecida, de musical caricia socavando el oído, de yerbas aromadas, de víboras ausentes, fosforescente, blanco, blanquiazul, blanquigris, galáctico, salvado de la muerte, cascada o levadura del ser que se fermenta en la noche, en mis noches, mis sueños, mi vigilia, mi aurora. Y nada temeré, porque sé, que la distancia es corta, es blanca, es azul, es menos que nada.

Nada, donde estamos tú y yo. Todo, donde nos encontremos.

Y DIGO QUE HAY UN ÁNGEL PORQUE SIEMPRE
me salva del horror, de oscuros días.
La lágrima que palpo en los espejos
no es más que lo que queda, es el reflejo
del dolor que ocupaba todavía.

Y es esa perla dulce, diamantina
pálida, azul, restauradora en suma
trémula cruz de una pasión divina.

Presencia y estupor y calofrío
que ante las lentas agua de mi río
tiende su luz solar y purpurina.

II

Y EL GUADALQUQIVIR LO SABE

sabrás que la nostalgia
me dejará colgada de tu estrella.
Tus ramas se secaron
y dejaron mi árbol desnudo en su osamenta.
Crujen mis pasos, crujen, van crujendo
al lacerar del tiempo y cicatriz

ya mis ojos, cubiertos
por un velo de niebla en la mirada
ocultan la tristeza
y a solas con el mundo me levanto
mariposa encerrada, el aleteo dentro
del corazón, ya cofre roto...

TU TRAJE BIEN A PUNTO EN LA MAÑANA,
zapato siempre estrecho, señorito
andaluz hasta tu muerte, padre
que eras genio y figura aunque tu rostro
traspasara de nubes tu esqueleto
y ya en la senectud, aún tronco erguido
cuántas veces llevabas la osadía
de salir a la calle, sin cayado,
sin apoyo ninguno, sin calor
de brazo familiar, águila en vuelo.

Te reñía, con suave voz y alerta
tus ojos, me miraban con el tono dispuesto.
Se te arrugaba el miedo en el bolsillo
de tu chaqueta y tu camisa a rallas
parecía andar bamboleándose
-pasito lento y grácil-
al ritmo del ya débil corazón.
Pero tú regresabas satisfecho
las manos bien cargadas de pan o mandarinas
y en tu gesto cansado una sonrisa
diciéndonos: -¿veis? aquí estoy ¡enterito!-
mientras caías derrumbado en el sillón.

LOS LADOS DEL CAMINO SON TESTIGOS
de este deambular por las playas de arriba,
por la playas de abajo, las desiertas.
Espejos son las piedras diminutas
que piso en el jardín, la tarde en sombra,
la fúlgida llamada clandestina
de la desolación más pura y lágrima
que Junio nos ofrece con sus venas
plateadas por un sol que ya entreteje
sus rayos soñolientos que aún nos doran la piel.
Ah piel dorada, stratagema
que buscamos para ocultar la herida
sangrante, grito amargo, amarillo reflejo

de un vértigo tan largo como Lunes
que para el minuterero y lo entretiene.

Ángel de ayer, no claves más tu espada
que mi canción se raya y borbotea.

AQUÍ LA NOCHE SUAVE, TEMBLOROSA
el mar agazapado y el viento casi brisa.
Aquí la voz del árbol que nos llama incansable,
que susurra al oído del nido que se instala.
Sabio por sus raíces, sabia luna
que ilumina y refresca el ojo atormentado,
atormentada cueva del corazón, fulgente
espacio sideral de nuestro barco.
Anclado aquí en la noche, en las arenas
sangra por las aristas, la madera
resquebraja en tablones cual punta de una flecha
envenenada; fuego y nieve y cellisca
en estas horas locas de mis locos días
en que la noche ignora mi gemido

y mantiene su paso, suave y tiembla,
tal vez porque algo sabe de mi duelo.

ANaïS

El se marchó y nos dejó su estela
luminosa tal vez, iridiscente, en llama...
Venías tú, Anaïs y nos traías
la alegría en el rostro, la mirada inocente,
clavel en tus mejillas, jazmines y ojos claros,
una azada de espigas, o un PAN, como decimos.
Hay mucha algarabía en tu llegada, niña
porque vienes, con el cántaro nuevo
llenando nuestra copa con licores y aromas.
Te trajeron los ángeles de Dios, que vigilan
de dos chispas de amor, que al amar, fructifican.
No temas nada, niña, ya fuera de su vientre
¿viste cómo te amaron al salir de sus aguas?.
Ahora serán las olas de otro mar que te acoja,

la arena de otra playa te enseñará a jugar
mientras tú, niña mía, llenarás los rincones
con tu risa, tu savia
nueva luz que se estrena
y llegará a nosotros
cruzando los océanos.

Y ES AHORA QUE NO TE TENGO CERCA
que extendiendo ya mis brazos y no estás,
resucito canciones, de mi niñez;
es tiempo todavía
de encadenar la vida a nuestro lecho.
Los días ya torcidos, ya felices
toman el color sepia del recuerdo
tal un retrato antiguo
que ansiamos colorear.
Todo se torna hielo esta mañana
a pesar de mi empeño, de canciones.
Cansada estoy de los gorriones de mi pecho
de misteriosos sueños de sabor impreciso.
Infancia, adolescencia, madurez
todo en mí cabe y se me espanta,
tan pronto una sonrisa y mil puñales.
Todo cabe en el alma malherida

que muere como el cisne, esta mañana,
con halo de ternura y de tristeza
que empaña en este instante el cristalino.

HAY TRISTEZA QUIZÁS EN EL PAISAJE

de este otoño tan nuevo, tan naciendo.
No cortaré las rosas
que habitan mi jardín. Desmantelado
está, tal vez espera
que otro rayo de sol nos ilumine
el rostro contristado y qué decir
si hasta la buganvilla, verbenera
palideció de golpe. No es la pena
en los ojos la que pinta
las sombras en las ramas,
son las cosas, que cambian de repente
al ser atravesadas y yo, en esta hora
las he tocado de color ausente,
tan ausencia es mi voz, mi pura lágrima,
la lágrima de ayer que cerré en primavera,
que hoy reaparece con un temblor intenso.
Deseo renovar alma y latido.

HOY, HAY VIENTO DEL SUR

viento del Norte, marejada
en las venas, rompeolas
del corazón que ya semeja
un rostro lacerado por los surcos
de las incertidumbres.

Adónde nuestro polen. Hasta cuándo
hoyuelo y cicatriz.

EL AGUA ES TAN AZUL...

Hoy es azul porque el viento la mece,
le canta, le susurra, le zarandea un rato
y los peces dan saltos de colores
mueven la cola, giran, aletean
nos dan un espectáculo alternando
maravillas de la naturaleza
cuando desprende
su mágico esplendor al mediodía.
Espectadores de hoy
no cerremos los ojos porque hayamos sufrido.
Enterremos nuestras raíces melancólicas.

SIEMPRE QUE EL CORAZÓN AGUANTA
envites de la vida que nos deja
encadenados al dolor.

Siempre que sobrevives al naufragio,

te ases a los juncos de la orilla
y mezclas el cansancio con el miedo.

Siempre que la muerte nos anuncia
la partida de un ser que ya llevamos
en la entraña hace lustros, tan amando.

Siempre que la tarde se nos pone de luto
y va bajando estrellas una a una
apagando la noche y su arco nuevo.

Siempre, siempre caemos, malgastados
en un tenaz insomnio, malheridos
preguntándole a Dios si eso es lo justo
o quizás no le abrimos las ventanas a tiempo.

Qué poder tiene
el dolor de una hija
con las estrellas.

Cuando te fuiste,
miraba hacia la luna
por no llorar.

El alto azul
recogía tu estela
para alumbrarnos.

Fue primavera,
bungavilla y jazmines
en nuestro adiós.

No temas, padre
todos los querubines
te traen rosas.

Jesús, primero
preparaba tu cuna
con su madero.

Y ya no temes,
te he visto entre naranjos
con nuestra madre.

Ay, no lo vemos
aunque el río nos lleve
hasta los cielos.

La incertidumbre
siempre nos acompaña
al Más Allá.

Y si creemos
en las olas del viento
caminaremos.

Perder un padre
es ganarse un jardín
adónde llegue.

Sólo los astros
cantan las maravillas
del ser humano.

Y los humanos
apenas se dan cuenta
de su igualdad.

Hermes lo dijo:
-todo arriba y abajo,
el Paraíso-

Naturaleza
que el hombre va perdiendo
con su torpeza.

Todo es pasar.
Tú abriste ocho caminos:
tus ocho ramas.

Ahora nosotros
tenderemos un puente
a tu distancia.

No será larga
que el corazón percibe
ya, tu fragancia.

Amor, canela
dime cuánto sufriste
en primavera.

En tu Sevilla
María Luisa en el parque
te sonreía.

Y el Giraldirlo
echó a volar campanas
en su delirio.

Tú, emigrante
de Sevilla que supo
enamorarte.

Y cigarrera
de Sevilla, tu madre
que fue mi abuela.

Por eso digo
que Sevilla me llama
para seguiros.

Los jazmineros
con su aroma me traen
tantos recuerdos...

Y nuestro patio,
limonero en el centro
nos daba jugo.

La Matamoros,
claveles en el pelo
y cuánto arrobo.

Ay padre, cuántas
fueron “risas y lágrimas”
en tu garganta.

A qué los haikus
si Sevilla te mece
por soleares.

Bello cantar
que al hablar de ti, padre
puede llorar.

Andaluz y Sevillano,
cuando dejaste Sevilla
se secaron los naranjos.

Y fuiste fiel a tu acento
que en Madrid todos sabían
por tu hablar, el nacimiento.

El Guadalquivir te espera,
Carabanchel no es tu sitio.
Irás de todas maneras.

Si la Parca se adelanta
y me cercena el camino,
nos llevarán en la barca.

Que ya un día bien lo dije:
-- mi lecho serán las algas
del Guadalquivir—predije.

Polvo y ceniza los dos
cual águilas volaremos
porque Amor, resucitó.

Si mucho te sobrevivo,
quiero volver a Sevilla
al lugar donde nacimos.

Todos los cantes son buenos
si la hondura de la pena
le sube hasta el Nazareno.

Y mi pena bien la sabe,
tengo el eslabón perdido,
se me fueron padre y madre.

La Plaza de Santa Cruz
guardaba por sus esquinas
tus aires de juventud.

En San Bernardo nací
porque tú bien elegiste
lo más grande para mí.

Me bauticé en la Señora
del Refugio, luz primera
que dio a mis ojos la aurora.

Barrio de toreros fue,
Diego Puertas, Pepe Luis
cuando de allí me marché.

Mis hermanos, madrileños
y yo nací sevillana.
No lo entiende el más pequeño.

Yo me siento Universal
pero si me toca el alma,
Sevilla, me toca más.

Y es que tú echaste raíces
aunque te fueses de allí
y en Campamento lo dicen.

Si vuelvo la vista atrás
siempre te veré en Sevilla,
que te sobró lo demás.

Y tu madre cigarrera
de Sevilla, de pequeño,
trabajó en Tabacalera.

Y los pájaros cantando
beben la luz que te lleva
los aires atravesando.

Tu cantar es mi cantar.
El día que yo me muera

cantaremos en la mar.

Que a la mar llegará el río,
el río que nos bañó
a ti y a mí, padre mío.

Quiero volver a Sevilla.
Decirle a la Macarena
que nos lleve en su mantilla.

Y el Guadalquivir en medio.
Triana se nos asoma
y se nos hace pequeño.

El Palacio de San Telmo
nos alhojó aquellas noches,
aquellas noches de invierno.

Ya no quiero sentir pena,
sé que cuando nos dejaste
se liberó tu cadena.

Cadena que al mundo ata
al hombre en su frenesí
y luego, no se desata.

La muerte es ese brebaje
que entra en tu cuerpo lenta:
te lleva, sin equipaje.

LA DÉCIMA ES UN CANTAR
que cuando la dices suena;
con alegría, con pena
no puedes decapitar
su música, recitar
las palabras sin sentido,
porque el corazón, herido
busca el cauce que lo lleve
y su lágrima conmueve
al compás de su latido.

SI EN LA DÉCIMA TE CANTO

para más satisfacer

tendré que empezar a hacer

una urna para el llanto,

porque de tanto quebranto

puedo morir de tal suerte,

que en lugar de ser mi muerte

la que lloren los demás,

se digan,-- nunca jamás

viví para merecerte--.

Y EL CORAZÓN SE ME HIELA

de verte cómo has sufrido;

cierto que fuiste querido

y que llevaste la vela

del barco, mas la entretela

del cuerpo y del alma toda

se graba como una oda

que marca tus cicatrices.

Ay padre, si tú me dices

que yo realice la poda.

el soneto te acoge, padre mío
lejos de nuestra tierra, soleares
sevillanas o rumbas son cantares
propios del andaluz, de nuestro río,

de muchos españoles que con brío
pasean por Sevilla y nuestros mares
no dejan de regar los azahares
de unos y de otros. El estío

pasó dejando ya tu estela, luz
que ilumina mi lágrima cerrada
mi camino, mi lluvia, mi canción.

Déjame que te baje de la cruz
nuestra lágrima sea sepultada
¡y gocemos de tu resurrección!